

La desconocida

18 de Abril de 2417

Cuando despertó, lo primero que la aterró fue que no podía respirar. Lo segundo fue que estaba en un lugar que no conocía. Lo tercero, que estaba en un cuerpo y una mente que tampoco conocía.

Se arrastró por el mugriento suelo de madera, luchando con violentas arcadas contra su garganta hinchada y el pastoso sabor de la saliva seca. Arañó desesperadamente el suelo con todos los músculos tensos, mientras luchaba por meter aire en sus pulmones por lo que parecían unos bronquios de una décima de milímetro de diámetro, que provocaban un espantoso silbido cada vez que inhalaba. A pesar de que lo intentaba con todas sus fuerzas, hasta el punto de retorcerse con cada inspiración, sólo una minúscula cantidad de aire entraba cada vez. Luchó por incorporarse, ignorando los insoportables picores en todo el cuerpo, y consiguió ponerse de rodillas. Miró a su alrededor en busca de ayuda, pero no vio nada salvo la lluvia cayendo sobre los restos negros de un incendio en lo que había sido una cabaña que tal vez en algún momento había tenido techo. No había nadie a su alrededor, y llevaba casi treinta segundos sin respirar. El pánico feral a la muerte se adueñó de ella. Se llevó las manos a la garganta y comenzó a inhalar cada vez más rápido, cada vez menos aire, cada vez más mareada. Se le empezó a nublar la vista.

Se dejó caer hacia delante y apoyó las manos frente a sí, en el charco de agua oscurecida por la ceniza que cubría toda la superficie de la cabaña. Arañó una vez más el suelo, en un último intento de ganar cierto control sobre su cuerpo y calmar el temblor de sus hombros en medio de un pavor indecible, y apenas notó cómo las uñas se le llenaban del serrín negro que se desprendía de la madera podrida. Cerró los ojos un segundo, movió la lengua dentro de la boca y la abrió de nuevo en una potente náusea. Notaba una sensación opresiva en el pecho, algo que estaba taponado, y supo que esa era la causa de sus dificultades para respirar. Renunció a aspirar un momento, mientras se centraba en empezar a salivar y en identificar la sensación antes de desmayarse. Se sacudió compulsivamente un par de veces como si fuera a vomitar y, finalmente, algo se rompió en su interior y logró toser, con un quejido ahogado. Una sensación liberadora le recorrió la espina dorsal. Inhaló con violencia, sintiendo cómo el fantasma negro que la había rodeado se alejaba rápidamente.

Cayó al suelo agotada, jadeando y llorando como un bebé. La lluvia seguía cayendo sobre su

cuerpo cansado.

Se dejó llevar sin quererlo por la bruma repentina de un sopor profundo pero inquieto, y su último pensamiento antes de desmayarse fue para desear que sólo hubiera sido una horrible pesadilla.

Cuando volvió a despertar tiritaba de frío, y seguía tendida boca arriba en la cabaña negra sin techo. Notaba un extraño burbujeo en el pecho al respirar, pero al menos estaba viva. Se movió lentamente, gimiendo, hasta quedar sentada. Tenía muchísima sed. Alzó la cabeza con la boca abierta hasta que hubo tragado una buena cantidad de agua de lluvia, y luego se miró a sí misma. Llevaba puesto un sencillo vestido de una pieza, que le cubría hasta las rodillas y que había sido blanco. El agua y la ceniza lo habían teñido de negro, pero a la mujer le preocupaba más la enorme mancha roja a la altura del muslo derecho. Se levantó la falda y se inspeccionó sin éxito la zona; la sangre no era suya.

Se quedó mirando sus propias manos un momento. Era la primera vez que las veía, igual que el vestido, la casa y la sangre. No sabía quién era, dónde estaba, ni cómo había llegado allí.

Se quedó sentada largo rato sin un pensamiento concreto en la cabeza, ni siquiera una pregunta a la que agarrarse. No se sentía con fuerzas para afrontar nada, y en realidad no era consciente de que hubiera nada que afrontar. Se quedó allí, mirando sus propias manos y su vestido empapado por la lluvia, su mente en un estado más animal que humano, simplemente esperando sin saberlo a que algo sucediera.

La noche cayó sobre ella, y aún no había sucedido nada.

Empezó a moverse por frío y hambre. Se puso en pie con precaución, sin estar segura de si podría mantenerse vertical. Se movió renqueante y temblorosa por la casucha en busca de algo que comer. La cabaña era una construcción rudimentaria de cinco habitaciones que había ardiendo entre diez y quince días antes, aunque la mujer ni sabía por qué sabía ese dato ni sabía que era ilógico saberlo. Desde la estancia a medio camino entre recibidor y cocina en la que había despertado, pasó a lo que parecía una sala de costura con un aparato que no conocía en torno al cual se reunían tres sillas. De ahí pasó a un pequeño dormitorio en cuya cama había un cadáver joven.

Se quedó mirándolo, indecisa. Luego continuó pasillo abajo. No tenía tanta hambre.

Por suerte, había una despensa al fondo, en la que encontró algunas latas cilíndricas de colores que recordaba vagamente que contenían comida. Lanzó una contra el suelo, pero la madera podrida se rompió antes que el cierre de la lata. La mujer la recogió y volvió sobre sus pasos. Registró todas las habitaciones una a una, despacio, en busca de algo con que abrir la enorme lata roja que abrazaba, hasta que encontró un enmohecido cuchillo en un cajón de la cocina. Puso la lata sobre la mesa y agarró el cuchillo al revés para golpear la tapa hacia abajo y hacerle algunos agujeros.

Escuchó un chasquido en la puerta, que comenzó a abrirse lentamente.

Vio entrar una de aquellas criaturas con cabeza de halcón, emitiendo aquellos sonidos, como el croar de una rana. Los ojos blancos de un alienígena se dibujaron en la oscuridad y giraron despacio hacia ella.

El cuchillo hizo una pirueta en el aire, y cayó limpiamente con la punta entre los dedos pulgar, índice y corazón de la mujer. Lo lanzó con todas sus fuerzas, voló por encima de la mesa y fue directamente a clavarse en el ojo izquierdo de la criatura, que se desplomó despacio en el suelo en tres movimientos distintos chorreando aquella sangre azul, mientras la mujer buscaba distraídamente otro cuchillo en los cajones, inconsciente de lo que acababa de hacer.

Cuando caminó hacia la puerta con intención de salir de la cabaña, llevaba el estómago saciado, la lata llena de agua de lluvia en una mano y los dos cuchillos colgados de un cinturón de cuero que había sobrevivido a las llamas. Se lo había quitado al muerto de la cama, y le había parecido lo natural. Cogió el fusil del alienígena, sin saber que ningún humano había conseguido descubrir nunca cómo disparar aquellas cosas. Cruzó la puerta.

Había otro de aquellos seres agazapado tras unos matorrales, a unos sesenta metros de su posición. No lo veía, lo olía. Con un gemido de esfuerzo, levantó la pesada arma extraterrestre y simplemente disparó.

Escuchó cómo el Extraño se desplomaba a pesar del traqueteo de la espesa cortina de lluvia que caía a plomo sobre ella.

Aguzó el oído de nuevo, mientras el cañón del fusil recorría en un arco todo el terreno que tenía enfrente. Estaba en una zona con poca vegetación, probablemente azotada por un sol de justicia durante el resto de las estaciones. Miró al cielo instintivamente, buscando la guía de la luna y las estrellas, pero la noche era una bóveda totalmente gris que parecía a punto de caer sobre ella. Si hubiera podido pensar se habría preguntado qué hacer a continuación, pero ni siquiera sabía o se preguntaba qué era aquella firme voluntad que la movía. Soltó el aparatoso fusil y echó a andar en la dirección que debía.

Tenía frío, de modo que hizo que su temperatura corporal bajara un grado y medio para notar la exterior más alta.

Mientras caminaba, su esbelta figura prácticamente invisible en la noche lluviosa, su cabeza no volvió a hacerse ninguna pregunta. Quien quiera que hubiera despertado en aquella cabaña unas horas antes y se había aterrado al descubrir que no sabía nada respecto a nada, se había doblegado casi instantáneamente a un instinto antinatural que la llevaba al Sur sin saber por qué, guiado, a falta de poder ver el firmamento, por una levísima pero inequívoca percepción del campo magnético del planeta.